

UN TESORO EN SU PROPIEDAD

Por **VIOLA M. PAYNE**

ESA noche azotaba el estado de Texas, Estados Unidos, un viento fortísimo.

Nuestra familia se había reunido alrededor de una estufa a leña que teníamos en la cómoda sala de nuestra casa de campo. Mamá había puesto sobre la misma una sartén de maníes o cacahuetes. Y si nunca has comido maní recién tostado al lado del fuego, mientras los ventarrones fríos azotan las praderas y los barrancos, entonces ¡no has vivido!

Sin perder de vista los maníes que estaban tostándose, le pregunté a mi padre si no había visto a la orilla del camino algún cedro que pudiéramos cortar para Navidad.

El me contestó que por la falta de lluvia los cedros no tenían ese año un color muy lindo, pero que en el campo del viejo Bailey, cerca del pozo, había unos cedros, y como la familia se había mudado de allí, a nadie le haría daño que cortaran una rama para usarla como árbol de Navidad.

Tomando con cuidado un maní caliente, le pregunté:

-¿Por qué los Bailey eligieron ese lugar para vivir? ¡Es la peor tierra de la zona! ¿No pudo encontrar el Sr. Bailey algo mejor cuando llegó? ¡Lo que no es piedra, es pura arena!

-Esa es una historia larga -me aseguró papá, para delicia mía-. Esa historia comienza por el 1900, cuando yo era un muchacho. Si revuelves un poco esos maníes, te voy a contar toda la historia.

"Mi familia ya estaba establecida en este lugar cuando llegó el Sr. Bailey. No llegamos a conocerlo en seguida, porque era mucha la gente que estaba tratando de ubicarse en esta región.

Algunos se quedaron. Tú sabes que en aquellos días, si una persona se quedaba durante cierto tiempo en un lugar, podía adueñarse de 64 hectáreas de terreno.

"Cuando el Sr. Bailey llegó aquí con su esposa y sus dos muchachos, parecía disponer de más dinero que los demás. Tenía lindos carros y buenas yuntas de caballos, y toda la familia estaba bien vestida. No anduvo haciendo averiguaciones, ni mirando distintos lugares. Como si hubiera sido atraído por un imán, se fue derecho a ese terreno rocoso y arenoso al este del río. Nadie se imaginaba por qué había pasado por alto lindas planicies de pastoreo, o tierras de cultivo.

"Descargó su equipo, hizo una cueva, como quien dice, para albergar a su familia, y comenzó los trámites para la posesión de la tierra.

"Desde el principio. andaba solo. Vivía en un mundo aparte y no se interesaba por las cosechas; ni por los ganados de sus vecinos. No asistía a la iglesia, ni se relacionaba con la escuela.

"Pero los secretos se saben, y el del Sr. Bailey también salió a luz. Él soñaba con plata, treinta cargas de burro, de barras de plata española que, según dijo, estaban enterradas en algún lugar de esa desdichada propiedad que él había reclamado.

"Sus esperanzas se basaban en una brizna tan endeble que cuando les explicaba el asunto a sus vecinos, éstos quedaban asombrados al ver su falta de juicio, porque él creía a pies juntillas en un mapa



que había comprado a un viejo mexicano del sur de Texas.

"¡Cualquiera puede dibujar un mapa y venderlo!" le advirtió alguien.

'Pero este es real -insistió-. El viejo mexicano murió poco después. El tenía un tío que había ayudado a escoltar el transporte en burro de las barras de plata, cuando cruzaron por aquí. Los indios comanches asaltaron la caravana, y el tío escapó. Los indios no podían haber llevado la carga de plata muy lejos del lugar del asalto, porque pesaba demasiado'.

"El tío había dicho que recordaba dónde habían sido atacados y había dibujado ese mapa para localizar el lugar. 'Todas las marcas del terreno corresponden -le había dicho el Sr. Bailey a sus vecinos-, y conducen a un lugar que está en mi propiedad. Voy a cavar hasta que encuentre la plata!'

"Si esta historia le sonaba familiar a alguien, no era de extrañar; durante años el suroeste había estado lleno de historias de tesoros. Los vecinos pensaron que pronto se le iba a pasar la fiebre, e iba a abandonar el proyecto.

"Pero en eso se equivocaron. Había concentrado sus esfuerzos en un lugar determinado, mientras su esposa trataba de sobrevivir criando pollos y cultivando un pedacito de tierra. Los dos muchachitos trataban de ayudar a la mamá. En una oportunidad el Sr. Bailey sembró un pedazo de algodón, pero su esposa y sus hijos tuvieron que cultivarlo.

"Sólo de tanto en tanto salía para conseguir provisiones. Pero, desgraciadamente, algunos años después, estaban hasta pasando hambre. Desafortunadamente se encontró allí algo que renovó su entusiasmo. Unos muchachos estaban jugando en una curva del río, cerca de la propiedad, cuando de pronto encontraron en el hueco de una roca los esqueletos de dos hombres. Y lo sorprendente fue que entre los huesos había restos de uniformes de soldados españoles como ser botones y cosas por el estilo.

"El Sr. Bailey declaró que esos eran los restos de los guardas que custodiaban la caravana de burros. ¡De ahí en adelante excavó con más dedicación! De vez en cuando hacía algo para aliviar las necesidades de su familia, y de alguna manera ésta sobrevivió durante años. Los muchachos trabajaron arduamente, y al parecer aceptaron el hecho de que su suerte era cavar.

"Fueron pasando veranos ardientes y crudos inviernos. La familia vivía en una casa muy rústica, con pocas comodidades. Los muchachos rara vez asistían a la escuela. El Sr. Bailey comenzaba cada mañana con tanto entusiasmo como si ese día esperara encontrar el tesoro.

"Y por fin llegó el día cuando encontró el tesoro, que valía mucho más que muchas barras de plata. ¡Pero no era lo que él buscaba, y no lo apreció!

"Después de haber revuelto toneladas de tierra durante los años, por fin iba a dar con algo que los indios comanches habían dejado, porque éstos vivían a lo largo del río, y dejaron muchas tumbas por la región. Un día, después de una lluvia, el Sr. Bailey notó unas rocas que se hundían en un arroyo, que habían sido puestas cuidadosamente en forma de óvalo.

"Rebosaba de alegría. Afanosamente las revolvió y excavó debajo de las mismas. Pronto dio contra un pedazo de cuero crudo, todo arrugado, y tuvo por cierto de que al fin había encontrado lo que buscaba.

"Lo que había encontrado eran los huesos de un indio comanche, indudablemente un cacique importante, a juzgar por todas las cosas enterradas con él. Porque la religión comanche, como todas las religiones paganas, enseña que el alma del hombre no muere. Dice que tan pronto se libra del cuerpo, va derecho a una especie de paraíso, donde necesitará todas sus pertenencias terrenales como ser los arcos, las flechas y cosas por el estilo. Por lo tanto, todo lo que un comanche poseía se lo enterraba con él, y este jefe debió haber sido uno de los guerreros más importantes de toda esa región. Tenía unas cuarenta lanzas y cuchillos de la más fina mano de obra, además de muchas flechas, cuentas y otros

objetos.

"Este descubrimiento hubiera sido algo muy valioso para cualquier estudiante de ciencia india, y la universidad de Texas hubiera pagado generosamente para adquirirlos, para el museo del estado.

"Pero el Sr. Bailey estaba tan chasqueado y tan desilusionado que se enfureció. En su disgusto tomó esos objetos valiosos y los tiró. Solamente llevó unos pocos a la casa para dárselos a los muchachos. Pero ninguno en la familia tenía suficiente educación como para apreciar esos objetos de tanto valor histórico. La mayor parte de la colección pronto se perdió o fue destruida, aunque algunos objetos valiosos fueron finalmente adquiridos por un museo.

"Después de eso, el Sr. Bailey parecía descorazonado. Sus esperanzas decayeron. Hasta comenzó a dudar de su mapa. Pero para entonces tenía el hábito de cavar tan arraigado, que no sabía hacer otra cosa que buscar, sin ton ni son, aquí y allá. Había envejecido tanto que, aun cuando hubiera hallado el tesoro, no le hubiera encontrado mucha aplicación".

- ¡Qué hombre extraño y tonto! ¡Cómo perdió su tiempo! ¿Cómo era posible que alguien desperdiciara así toda su vida? -exclamé--. ¡Creo que nunca vi a alguien como el Sr. Bailey!

Ahora, muchos años después - de que oí la historia, no estoy tan segura de eso. Porque en este mundo Satanás tiene muchos mapas hábilmente trazados que pretenden mostrar el verda dero camino hacia la fama, la fortuna y la felicidad. Y es común ver que mucha gente, niños y adultos, están siguiendo esas falsas indicaciones.

Hay un solo mapa digno de confianza: la Palabra de Dios, la cual nos conduce a la Perla de gran precio, por la cual obtenemos la vida eterna.